



«Golpecé furiosa el atril, hasta casi resquebrajar la batuta, y comenzó mi primer concierto.»

LA PRIMERA DIRECTORA DE ORQUESTA DE ESPAÑA

Tiene diez y ocho años y vive en La Coruña



¡TEMBLAD, HOMBRES, TEMBLAD!...

... Y preparad las maletas para trasladaros de planeta, porque en éste la vida se nos va a hacer muy difícil. La cosa no es para menos. Apenas han transcurrido veinte años. Primero se apoderaron de los servicios auxiliares de oficinas; la máquina de escribir fué su primera conquista. Más tarde se adueñaron de los escalafones del personal auxiliar de los Ministerios. Después invadieron las aulas de las escuelas y universidades para desparriamar por España una legión inagotable de maestras, abogadas, médicas, farmacéuticas, veterinarias, odontólogas, archiveras, notarias, y malo será que no logren escalar puestos en la Judicatura nacional, ya que lograron invadir el Parlamento.

Y todo esto es a costa de los hombres. El público acude con más gusto a los frontones cuando son mujeres las que juegan. A las plazas de toros, cuando actúan señoritas toreras. A las luchas de *catch as catch can* si son femeninos los contendientes... No se diga de esos grandes

almacenes, donde en planta el de bellísimas muchachas, con la sonrisa en los labios, prueban los brodequines al sexo feo. Siempre están llenos. ¿Y que me dicen de esos modernísimos limpiabotas, donde son señoritas las que abrillantan los zapatos? Tres horas tardé yo un día en conseguir un servicio de esta naturaleza. Lo han invadido todo. Oficinas, grandes almacenes, facultades, laboratorios, de donde han ido, poco a poco, desplazando al hombre. Había un sector en las actividades artísticas al que la mujer parecía tenerle miedo. Lo codiciaba por su gran brillantez, pero parecía sólo destinado a varones maduros, ponderados, provistos de un bagaje de conocimientos y aptitudes nutritivas, muy difícil de encuadrar en persona que no hubiera doblado la curva del medio siglo. Era este puesto el de director de orquesta sinfónica. Frente a esta serie, al parecer inabordable, de obstáculos, ha surgido la peligrosa decisión de una mujer voluntariosa. Y he aquí que ante el atril donde tantas personalidades artísticas fracasaron ruidosamente por mil motivos insospechados, se ha erguido la gentilísima silueta de una mujer, casi una niña, ha empuñado la batuta y, dominadora, rotunda, enérgica, ha desempeñado su labor.

La primera mujer directora de orquesta de España vive en La Coruña, donde ha nacido...

“¡AHÍ VA MILI PORTAS!”

Aún no ha cumplido diez y ocho años. Es alta, esbelta, simpatísimas y de una belleza extraordinaria. Desde hace dos años es profesora de piano. Y nadie sabe el calvario de esta encantadora criatura cuando, casi una niña, solicitaba alumnos a quienes dar clase de solfeo. La veían tan joven, tan alegre, que temían por la seriedad de la enseñanza. Sin embargo, poco a poco, la gente se dio cuenta de los pro-

Mili Portas siente un gran cariño por el piano en que aprendió a tocar.

Estampa

fundos conocimientos que de la música tenía aquella eriatura, y hoy es la profesora de todas aquellas alumnas que realmente quieren aprender el piano.

Su silera elegante es popular en La Coruña.

¡Ahí va Mili Portas!—dicen hombres y mujeres, viejos y chiquillos, al ver pasear por la playa de Riazor, por el Cantón Grande o por la antigua calle Real a esta damita gallega, que es la primera mujer que ha dirigido una orquesta sinfónica en España.

La popularidad de Mili Portas comenzó una tarde de mayo del año último, en el Teatro Rosalía de Castro. El anuncio de que una señorita iba a dirigir el concierto de la Filarmónica Coruñesa hizo el milagro de que se abarrotara el teatro. Y Mili Portas, temblorosa bajo su atavío blanco, subió hasta la plataforma, con los nervios en tensión.

Créame usted—nos dice la bella coruñesa, paseando por los jardines de Méndez Núñez—que fué un momento de angustia infinita. No veía el atril. Los profesores de la Filarmónica eran para mí una masa informe, los instrumentos parecíanme cabezas de monstruos, con las fauces abiertas para devorarme. El pentagrama era un manicomio suelto. Las figuras blancas se volvían negras, y éstas, como aquellas: las redondas, cuadradas, y todas, todas, bailaban una danza infernal. Me aterroricé al darme cuenta de que en un minuto iba a destrozar la labor de muchos años. Hice un supremo esfuerzo de voluntad. Me mordí los labios hasta hacerme sangre, me olvidé del público, y de mi garganta, como un rugido, salió la orden a los profesores: "¡Atención!" Golpeé furiosa el atril, hasta casi resquebrajar

la batuta y comenzó mi primer concierto. Ya no hubo dificultades. La voluntad se había apoderado del pánico y no tuve el más leve fallo al dar las entradas y salidas a los profesores. Una a una, en medio del entusiasmo de mis paisanos, dirigí el *Amor brujo*, de Falla; la *Quinta sinfonía*, de Beethoven; las *Danzas guerreras del príncipe Igor* y—como homenaje a nuestro inolvidable Soutullo—la *Legenda del beso*. Después han sido bastantes los conciertos que he dirigido. El momento más feliz de mi vida fué, hace unos meses, cuando vino a La Coruña el ilustre y glorioso maestro Fernández Arbós. Tuvo para mi felici-

taciones cordialísimas, que guardo como reliquias en lo íntimo de mi corazón. Me hizo llorar cuando me dijo que su mayor deseo sería el que le recomplazase en la dirección de la Sinfónica el día que su vista faltase y sus manos no tuviesen energía para empuñar la batuta.

A él le deberá cuanto pueda ser en este mundo. Gracias a su intervención, el Ayuntamiento y la Diputación van a enviarme en seguida a perfeccionar mis estudios en las grandes agrupaciones filarmónicas extranjeras. Cuando vuelva a La Coruña, ya no tendré ni pánico ni nervios al subir al estrado para dirigir los conciertos de la



Mili Portas ama el campo porque en la soledad puede estudiar mejor.

Filarmónica de mi pueblo. Y siempre, siempre, seré en Riazor, en Méndez Núñez, en el Cantón Grande y en la calle Real, la Mili Portas que todos conocen y todos quieren.

José QUILEZ VICENTE

(Fotos Luisarbus.)



La primera directora de orquesta de España con sus padres y sus hermanos.

EL ESTOMAGO, PROTECTOR DEL INTESTINO

Si la cavidad estomacal recibe los alimentos insuflientemente masticados, calientes o fríos, los transmite al intestino parcialmente digeridos por el jugo gástrico. Si los alimentos penetran en el intestino en tales condiciones, éste queda irritado, derivándose de ello la falta de peristaltismo, que motiva el estreñimiento crónico, y, como consecuencia, frecuentes auto-intoxicaciones, cuya importancia puede comprenderse, ya que da origen a innumerables enfermedades. Para facilitar las funciones estomacales, la Magnesina Bisurada es un medicamento insuperable.

Una pequeña dosis de polvo o dos o tres tabletas de este maravilloso antiácido, tomadas con un poco de agua, no solamente facilita las digestiones, sino que neutraliza el exceso de acidez, combatiendo las fermentaciones secundarias de los alimentos y calmando instantáneamente los dolores. Evita, además, los disturbios digestivos y otros males, tales como ardores, gases, eructos ácidos, jaquecas e insomnios.

La Magnesina Bisurada obra con gran eficacia. Si usted la toma inmediatamente después de su próxima comida, se convencerá de que su digestión se efectúa con entera normalidad. Se venden en todas las farmacias, al precio de pesetas 2,65, en tabletas, y a pesetas 4,15, en polvo.